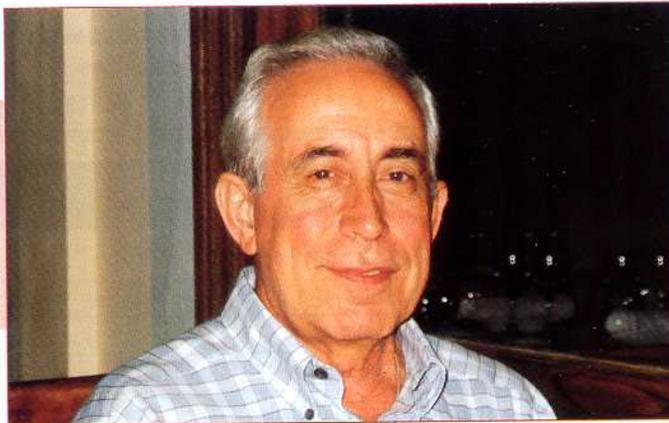


Entrevista al DR. EDUARDO BUESA IBÁÑEZ



Dr. Beltrán



Dr. Mulet

**"Si agrada a esta exquisita edad mi humilde historia,
sean más las penas, pero a ti la gloria."**

Sonetos. William Shakespeare

Si con el Dr. Pío Beltrán hablamos mucho de la Pediatría, sobre todo extrahospitalaria, hoy, con el Dr. Eduardo Buesa, hemos visto otra faceta de la misma: La Pediatría hospitalaria. Pero no sólo esto sino que hemos conversado con un hombre humilde, sencillo, sutil de palabras y sin embargo astuto y con una férrea voluntad de hacer bien las cosas, siempre acompañada de una conrisa e incluso de una risa contagiosa.

Hace pocos días fui testigo en el Hospital General de Castellón de la emotiva y simpática despedida del Dr. Buesa, arropado por su mujer, sus hijos, los miembros de su Servicio, por el resto de compañeros del Hospital y representantes de la Administración y del Colegio de Médicos. Se notaba afecto y respeto por su persona y por su labor profesional. Su discurso fue, naturalmente, algo melancólico y tuvo un recuerdo muy sincero para todos sus allegados y hasta casi lloró al recordar a un compañero fallecido.

Hoy el contexto es diferente, estamos cerca del mar y somos un grupo reducido de dos

personas que tratamos de entrevistar a Eduardo, un niño mayor pero muy curtido en la infancia. Sirvan estas palabras introductorias para ampliar un homenaje ya de todos los médicos de Castellón. Por este motivo hemos podido hablar de temas más cercanos y familiares. Así, mientras íbamos cenando empezamos a repasar un poco la vida de Eduardo y después de mucho hablar, nos dimos cuenta de la gran devoción del Dr. Buesa a su especialidad y por eso prefiere dar la gloria a la Pediatría y quedarse con las penas.

Al final, cuando terminamos la cena y la entrevista, ya entrada la noche, y nos despedimos, observé que al alejarse el Dr. Buesa, tuve una alucinación auditiva: los tambores de Calanda sonaban en mis oídos acompañando sus pasos, como rematando la ceremonia del homenaje.

Ahora, Eduardo, ya podemos empezar la entrevista.

Juan Beltrán Fabregat

Dr. Buesa, el primer médico que encontramos nada más nacer, aparte del ginecólogo, es el pediatra. ¿qué le pediría un niño recién nacido a un pediatra hoy en día?

Lo que los recién nacidos de todos los tiempos habrán pedido a sus médicos: "Ayúdame a crecer fuerte y sano".

A los pediatras les pedirán además que sigan siendo en todo el mundo los abogados de los niños ante las autoridades sanitarias.

¿Cómo se encuentra actualmente recién jubilado? Puede hacernos una reflexión personal de su experiencia como pediatra?

Como mi jubilación se ha materializado en el mes de agosto, de momento me parece que inicio unas vacaciones un poco más largas de lo habitual. Supongo que pasados uno o dos meses empezaré a sentir de verdad la realidad de la jubilación.

El balance final de mi experiencia como pediatra es muy positivo y gratificante. La Pediatría es una especialidad muy humana y con una relación médico-paciente-familia muy especial. No recuerdo haber tenido pro-



Por último, queremos preguntarle quién era o quién es el niño Eduardo y de donde vino?

El niño Eduardo nació en Zaragoza de un padre ferroviario, de Huesca, y una madre de Teruel. Fue un niño pobre en la postguerra española, que gracias al sacrificio de sus padres pudo ir a un colegio de ricos y luego pudo estudiar Medicina porque vivía en Zaragoza.

Tengo recuerdos del final de la guerra civil y de la represión que hubo en mi barrio, junto a la estación del Norte, donde convivían como podían guardia civiles y ferroviarios.

Siempre he sido fiel a mis raíces, a mi familia y a los principios que me inculcaron los Hermanos Maristas. Y como buen niño zaragozano de aquella época conservo una relación muy especial con la Virgen del Pilar, que trasciende lo puramente religioso.

Creo que el niño Eduardo fue un niño feliz.

Muchas gracias Dr. Eduardo Buesa por responder tan amablemente a nuestras preguntas para nuestros compañeros.

"DR.D.EDUARDO BUESA IBAÑEZ: MAESTRO PEDIATRA"

En un cuento de Tolstoi había un niño que quería ser sabio. Su maestro en el pueblo, que le enseñó todo lo que sabía, propuso a su familia que lo enviaran a una ciudad de Siberia donde residía un fenómeno de las ciencias y las artes que él conocía; allí, si todo iba bien, el crío podría desarrollar sus virtudes y predisposiciones intelectuales. Una vez acordada la iniciativa, reunidos en cónclave, familiares y amigos hicieron una colecta para que el jovencito pudiera llegarse a tan lejano lugar. Y tardó un año en hacerlo, tras cruzar valles, ríos, montañas y demás parajes inhóspitos. Con la carta de presentación, accedió al cerebro que, tras mirarlo, le dijo: "¿Tú quieres ser sabio?". "Sí" - contestó. "Pues ves con aquella mula a arar el campo hasta que te avise". Pasado año y medio, el crío no pudo más y se acercó al, para él, olvidadizo cátedro. "Señor, le recuerdo que he venido aquí a estudiar para sabio y usted me tiene todo el día arando". "¿De verdad quieres adquirir sapiencia?" - refunfuñó el genio. "Sí, claro" - replicó el asustado rapaz. "Pues vuelve a arar y ya te avisaré cuando convenga". Y así, transcurrieron tres años más sin que nadie le dirigiera palabra alguna. Una vez acaecido tamaño desfalco temporero-energante, el maestro lo llamó. "¿Querías ser sabio, no?. Ya puedes volver a tu casa diciendo que lo eres, pues has adquirido el máximo exponente del conocimiento: la virtud de la paciencia".

Este cuentecito viene a, valga la redundancia (perdón, viene a cuento), porque la primera impresión que me dio D. Eduardo fue la de estar ante un ser con dicha potestad: la paciencia. "Usease", lo que Tolstoi denominó el sumum del saber. El hombre, D. Eduardo, digo, de estatura media, con la faz longilínea propia de un cuadro del Greco, rezuma simpatía, afabilidad, sinceridad...; ¡Vamos, que semeja el clásico compañero que uno desearía tener para estudiar, para trabajar, para hacer deporte y vida sana, y también para tomarte un vino de cuando en cuando hablando de lo divino y de lo humano en tarde tranquila y sosegada!.

Ya metidos en los entremeses, en el buen restaurante del Voramar en Benicàssim, con su habla fácil D. Eduardo fue despejando y despejando motivos y experiencias en sus inicios: "En 1958, tuve que atender al nieto de la curandera más importante de Sabiñánigo. Le efectué una punción lumbar y total, que atisbamos el problema y se curó. La curandera aquella me hizo tal propaganda que casi me convierte en un Dios". También nos llamó la atención al hablar de sus peripecias por Alemania (de allí se trajo, ade-

más de múltiples vivencias en su especialidad, nada menos que a su mujer). "Entré de soldado y acabé cabo primera" - dice, refiriéndose a sus primeros pasos por la ciencia infantil. En 1974, con 42 años, venía de "La Fe", montó el primer Servicio de Pediatría en el Hospital. A propósito, nos habla de los germánicos: "Lo más peligroso del mundo es un alemán con preferencia de paso en un coche: pasará seguro".

Ya en los postres, establecidos los contactos pertinentes subliminales (esos que sólo fluyen en las auras y en los gestos cuando estás sosegado y con los receptores neurológicos en el querer); con la suficiente puesta a punto, digo, en lo que respecta a exclusión de las defensas o morralla (si fuera un escultor diría que "ya retirado de la piedra lo que sobra"), inicié el cuestionario para una mejor comprensión de nuestro personaje, el Dr. Buesa. Y como sé que viene de Alemania, no me extrañó nada que a las tres primeras preguntas contestara con monosílabos. "¿Es feliz con lo que ha efectuado en la vida?": "Sí"; "¿Tiene alguna ilusión no cumplida?": "No"; "¿Si volviera a empezar, efectuaría lo mismo que ha hecho?": "Sí".

"¡Ñas, coca!". En realidad, me digo, nunca encontraré respuestas inteligentes ante preguntas absurdas como las que estoy efectuando, así que mejor que cambiemos de aires so pena que acabemos el interrogatorio antes de que consumamos el café. Para ser sinceros he de decir que la variación en el color de mi rostro pudo ser motivo para que el bueno de D. Eduardo efectuara un quiebro desahogándose la copla (tauromáquicamente: un "ayudado por detrás"): "Es que como buen maño, soy parco". ¡Ah!, si es así, voy bien- díjeme, relacionando cerebelo con cortex de ipso facto dándole dignidad y autosatisfacción al entuerto. Y continué.

Nos cuenta que, futbolísticamente hablando, es del Zaragoza (como han bajado este año, no insisto); también, que le gusta el cine "que lleva mensaje" y los toros: "Yo era de Paco Camino; Curro Romero es un mito"; aficionado a la música clásica, es, igualmente, un gran deportista: le entusiasma ir en bicicleta, "empecé con cincuenta años" (su yerno Ramón Corma Tomás, uno de mis mejores amigos, me contó que con sus casi setenta "tacos" aún subía al Desierto como si nada). Por cierto, esa edad que dicen que tiene ni se le vislumbra de cerca ni de lejos: debería ser investigado a ver que salsas ingiere.

Ya en plan serio, hablando de la sanidad, de los mandatarios sanitarios, nos efectúa una meditación trascendental: "España es un país muy intervencionista. En Alemania no se plantea como aquí. Allí, se reúnen unos expertos y lo que dicen se hace". Define la medicina como "El arte de curar"; y al enfermo como "Prójimo al que podemos ayudar". Llegados a este punto, le pregunto por el futuro de la Pediatría: "Me gustaría que fuera preventiva, fundamentalmente". También, si echa en falta algo o nota diferencias evi-

dentes: "Han cambiado las madres. Sobre todo, en la relación. Antes, consideraban al médico más mágica y respetuosamente. Hoy, es una relación más normal, más sana. El problema de cara al futuro tiene nombre: abuelas".

Con respecto a la familia, se pone trascendente y, yo diría, que un tanto tierno: "La familia es lo esencial. Seguramente, sin mi mujer no hubiera podido hacer lo que he hecho en la vida".

Tras trago de agua neutralizador de emotividades, le lanzo un pespunte: ¿Qué cosa le hubiera gustado hacer que no hizo?. La respuesta, un trueno en alta mar: "Matemáticas de alto nivel, ciencia en estado puro". Casi me caigo de la silla, pero continuó lo más dignamente que puedo y le pido consejo para los futuros pediatras: "No deben olvidar que la clínica priva sobre todo. Los médicos jóvenes creen demasiado en el laboratorio dándolo como dogma. En algunas cosas, hay que escudriñar". Insisto en el futuro y le pregunto qué sería lo mejor y lo peor para él en su campo: "Lo mejor, una utopía: que desapareciera la enfermedad infantil. Lo peor, dejando a parte enfermedades nuevas, que desapareciera la especialidad por falta de niños".

Las dos interrogantes que siguieron sirvieron para que D. Eduardo se pusiera otra vez en plan maño. ¿Considera interesantes entrevistas como estas, a médicos que, como usted, iniciaron el camino?: "Sí". ¿Le queda alguna animadversión hacia alguien?: "No".

Y, para finalizar, le lanzamos dos dardos hacia el corazón: ¿Qué es para usted la felicidad?. La respuesta, teutona pura sin mezcolanzas: "No seré original. Una ecuación: felicidad igual a éxito partido por pretensiones". Y la última: ¿Queda algún agradecimiento del que quiera dar fe?. "Suárez Perdiguier ha sido el mejor pediatra que he conocido. Al que quisiera efectuar un recuerdo fue a mi primer maestro, Antonio Bravo, que falleció a los 35 años haciendo una visita médica...".

Dr. D. Eduardo Buesa Ibáñez, tras muchos años ejerciendo la más bonita de las profesiones con esa paciencia que Dios tuvo a bien ofertarle (retomemos el relato de Tolstói para valorar dicha distinción), tras las emotivas muestras que sus amigos pediatras le concedieron con motivo de su jubilación, cuenta también con el calor, el agradecimiento por sus enseñanzas y entrega en su trabajo, el respeto y la consideración, que todos los que configuramos el espectro médico de Castellón tenemos hacia usted. Aunque jubilado, un ruego: siga dándonos lecciones magistrales a través de la oratoria, o, si no, en la mejor de las aulas: El papel en blanco. Vaya un fuerte abrazo, compañero.

JOSÉ MARÍA MULET PASCUAL